

## **Palabras del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre**

Sr. Presidente, Sres. Académicos,  
querida familia Calvo Sotelo,

Intentaré, con la brevedad exigida, evocar unos pocos rasgos de don Leopoldo Calvo Sotelo, y me referiré a la persona, al político, al estadista, al académico.

Primero la persona.

Conocí a Leopoldo siendo yo muy joven y me impresionó su integridad moral, sus convicciones cristianas, su rectitud, su firmeza en los principios, sin consideraciones oportunistas.

Tuvo una sólida formación en colegios públicos, a cuyos maestros recordaba con cariño, en especial a los de historia y literatura. Ellos despertaron su afición a la lectura y según él mismo contaba le empujaron incluso a versificar y en el semanario local de Ribadeo vio con emoción, por vez primera, su firma al pié de unos sonetos infantiles, bien medidos —nos dice— aunque monocordes, con acento siempre en sexta.

Al terminar sus estudios de bachillerato él quiso ser físico o filósofo pero por razones económicas le decidieron por una carrera técnica y cursó Ingeniero de Caminos con el número uno de su promoción.

En Madrid recibió muy pronto la infección de la política.

Estuvo en las Juventudes Monárquicas de Joaquín Satrustegui y anduvo pintando paredes a hurto de serenos, con eslóganes contra el Régimen y colaborando anónimamente en el panfleto confidencial que editaban las Juventudes.

Yo le conocí en la Asociación Católica de Propagandistas en el final de los años cincuenta, en los Seminarios organizados por inspiración de don Angel Herrera, donde leíamos a Mounier y a Teilhard de Chardin, discutíamos sobre la evolución de la Iglesia española y se empezaban a oír ecos de la celebración de un Concilio. Leopoldo ofrecía siempre una opinión inteligente, un comentario sutil, una réplica brillante. Más tarde en las conversaciones de Gredos con don Alfonso Quejazu, rodeados de grandes maestros del pensamiento, Laín, Díez del Corral, Zubiri, Rof Carballo, Leopoldo mostró siempre una inagotable curiosidad e infundía un gran respeto a pesar de su juventud.

Paso por alto las múltiples actividades que desarrolló en su vida: Presidente de RENFE, Presidente de Unión de Explosivos Riotinto, una larga escala en la Banca, Presidente de la Fundación Ortega y Gasset y Alcalde Honorario de Ribadeo, y sólo quiero evocar para cerrar esta rapidísima pincelada sobre la persona algo que para él ocupó siempre lugar principal: su espíritu familiar. Con la lectura de sus últimas memorias *Pláticas de familia* se entiende hasta que punto su mujer y sus hijos fueron la referencia esencial en su vida.

Sobre el político debo decir que tuvo esa vocación desde muy joven.

El sabía que estaba dotado para la cosa pública y sentía una gran preocupación por el futuro de España, en los años inciertos del tardo franquismo y participó en numerosos encuentros que buscaban un mañana en paz, libertad y democracia.

Asistió a muchas de nuestras reuniones del Grupo Tácito, a menudo con observaciones críticas que tomábamos muy en cuenta.

En 1.975 el Rey don Juan Carlos le llamó a su primer gobierno y perteneció a todos los de la Transición, que presidió Adolfo Suárez, como Ministro sucesivamente de Comercio, Obras Públicas y de Relaciones con las Comunidades Europeas, donde desarrolló una gran labor, sentando las bases de la negociación, que resultó mucho más larga de lo que luego imaginamos.

Fue él quien dio los primeros pasos debatiendo con inteligencia y tesón y con gran dificultad, en todos los frentes comunitarios, las condiciones de nuestro ingreso, descubriendo lo que otros sabían ya: que la Comunidad Internacional es todo menos evangélica y nadie está dispuesto de buen grado a mover una silla en la mesa redonda común para hacer un sitio en ella al recién llegado.

Pero consiguió que el Consejo de la Comunidad, le aprobase varios capítulos importantes y enderezó la negociación con gran acierto llevando a sus hueses, como el decía, hasta el lindero de la Tierra de Promisión, aunque la firma le tocó a su cuñado Fernando Morán, Ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno González a quien recitaba el romance del Cid “*que non venciera Josué si Moisés no lo ficiera*”.

Hay un capítulo en la vida política de Calvo Sotelo que pocas veces se recuerda y que yo quiero evocar.

En 1977 abandonó el Gobierno para articular el partido Unión de Centro Democrático antes de las elecciones generales. UCD era una amalgama de personas e idearios pero con un pensamiento muy claro de que debía constituirse en pivote de la transición y para ello necesitaba una personalidad fuerte y respetada como era Calvo Sotelo.

En 1981, al dimitir Adolfo Suárez, llegó a la Presidencia del Gobierno sobre un partido que después de cuatro años en el ejercicio del poder y de dejar para siempre en la historia de España las señas de identidad de la moderación y del sentido del pacto, se deshacía entre los dedos.

Tuvo que enfrentarse a un país paralizado de miedo y de desconfianza, por culpa de un intento de golpe de Estado que todos sabíamos, y él mejor que nadie, que podía en cualquier momento volver a repetirse.

Administró después con gran talento la estrategia desestabilizadora de los golpistas y sus esfuerzos constantes por involucrar al Rey en el golpe fracasado y derribarle así de su papel constitucional. Su lealtad a la Corona, que arranca en su juventud, fue siempre una constante en su vida.

Fue capaz de controlar la zozobra provocada por el juicio a los imputados en el golpe. Y tuvo el valor político de recurrir ante la jurisdicción civil, la sentencia emitida por un tribunal militar.

Fue él quien se empeñó personalmente en que la última palabra sobre la sublevación de unos militares la tuvieran los tribunales ordinarios.

Y con las condenas del Tribunal Supremo a los golpistas se dio un paso histórico en el difícil camino del establecimiento definitivo de la superioridad del poder civil sobre el militar.

Con ello mostró, una vez más, sus grandes dotes de estadista.

Durante su mandato como Presidente fue muy intensa la actividad terrorista de ETA.

Puedo dar testimonio como Delegado del Gobierno que fui en aquella época en el País Vasco, de su presencia constante —irritante para algunos— en aquellos funerales de las contraventanas cerradas, a los que semana sí, semana no, acudía a aportar consuelo a las jóvenes viudas de cualquier lugar de España.

Una de las actuaciones por las que siempre recordaré a Calvo Sotelo y que muestra igualmente su talento político fue lo que él llamó la “almendra” de la transición, nuestro ingreso en la Alianza Atlántica, que se debió a su determinación, anunciada ya en el discurso de investidura y que produjo una crispación en la oposición.

Buena parte de los representantes del arco parlamentario propugnaban entonces que España no se incorporara a ninguno de los bloques y preferían que participase en el grupo de los no alineados.

Fue Calvo Sotelo el que dio el paso para incorporarse al bloque occidental, que tuvo que respetar su sucesor en la Presidencia del Gobierno, aunque al precio de un referendum, innecesario, que puso en peligro nuestra permanencia.

Pienso que todos los que coincidimos con él en el gobierno recordaremos siempre su sentido del humor, su fino ingenio, su expeditiva capacidad de decisión, su aguante ante la adversidad y su modo directo de comportarse sin dobleces ni disimulos.

Y supo al final de su mandato dejar la Presidencia a Felipe González con elegancia y tras un proceso de transmisión de poderes, ejemplar.

Como académico, a pesar del poco tiempo que estuvo entre nosotros, se ganó el respeto y la amistad de todos y debo destacar su discurso de ingreso, que es una pieza maestra sobre la transición exterior y muestra su esfuerzo denodado por colocar a España en su sitio. Al final de su discurso hizo un canto a la transición con la fuerza de sus convicciones y la belleza de su estilo.

Pero no se limitó a describir el pasado.

Quiso también expresar su preocupación por la tentación en nuestro tiempo de lo que llamó “revisitar” la transición, empeñándose algunos en abrir una segunda e incluso en destruir la anterior.

En sus frecuentes intervenciones en las sesiones semanales, recuerdo las observaciones puntuales, inteligentes, con comentarios que mostraban su experiencia y su agudeza.

Un tema al que dedicó siempre especial atención fue el europeo y a él consagró su última intervención en esta Casa comentando los males congénitos de la construcción europea, quejándose de las ambigüedades del Tratado, la indefinición de los límites de Europa, la controversia estéril sobre la naturaleza federal o confederal de la Unión y al final no podía evitar el rejón a Francia o mejor dicho a algunos franceses con la predilección de sus dardos más afilados a un antiguo Presidente de la República, que tanto entorpeció nuestro proceso negociador.

Pero sobre todo yo destacaría en Leopoldo su sencillez, su afabilidad, su deseo de conocer y de agradar. Detrás de su figura siempre se descubría una persona extraordinariamente amable e inteligente, culto, con una personalidad que no necesitaba recurrir a sus antiguas dignidades, porque él siempre fue el mismo y no dejó nunca de serlo.

Buenas razones tuvo el Rey, que le había concedido el título de Marqués de la Ría de Ribadeo, de rendirle tributo en su despedida, recordándole como un gran español, un hombre de Estado, un demócrata y una persona muy querida.

Quiero decir a su familia, a Pilar, a sus hijos, que como recordaba nuestro Presidente le echaremos mucho de menos y su recuerdo estará siempre vivo entre nosotros.

